

CONFIGURACIÓN DEL SUJETO CONTEMPORÁNEO

Pedro Tauzy

INTRODUCCIÓN

Si hay un problema cuya raíz se encuentra enterrada en lo medular del arduo y noble arte del filosofar de estos tiempos, éste es el de la configuración del sujeto moderno y contemporáneo, categoría metafísico-especulativa que ya no es el hombre (ἄνθρωπος).

Por el momento, y muy resumidamente, vamos a empezar a evocar la *auto-exposición* de este sujeto. Aclaración: su *auto-exposición*, como tal, no será dada en este trabajo, sino más adelante. Aquí, sólo daremos pautas preliminares e introductorias. La *auto-exposición* parte de aquello que ya es posesión del Espíritu y, por ende, no es necesario volver a exigirle un recorrido ya acaecido, sólo basta con reavivar su recuerdo, puesto que es, respecto del hoy, su naturaleza inorgánica: el fundamento sobre el que vendrán sus ulteriores formaciones.

1. DESDE LA ETICIDAD

Empiezo este recorrido en el punto en que el individuo comienza a estar separado, escindido, del mundo de las costumbres que es lo que Hegel llama la *Sustancia Ética* (la *Eticidad*), la cual se sitúa, históricamente, en Grecia. El *Reino de la Eticidad*, al que Hegel también va a llamar *Espíritu Verdadero*, es tal (es decir, Verdadero) porque hay una identidad absoluta entre el *sí-mismo* y las costumbres (las tradiciones, los símbolos, las instituciones). Es decir, entre lo que cada individuo es en su esencia y lo que la comunidad es (en sus costumbres) no hay distinción en la *Eticidad*. El hombre griego estaba absolutamente disuelto en su *ethos* (ἦθος/ἔθος)¹. El

1 Sugerimos, para ahorrar tinta en este trabajo, la lectura de nuestro breve texto “¿Qué nombra la palabra Ética?”, para dar a entender qué se entiende por *ética* aquí.

pueblo, con sus instituciones, reflejaba *adecuadamente* la verdad de la Voluntad. La *Sustancia Ética* es, para usar una terminología *schopenbaueriana*, la *objetivación adecuada* de la Voluntad (entendida esta Voluntad, por ahora, como mundo pulsional inconsciente). Ese mundo pulsional, ciego, *llega a ser* lo que *es*, en su verdad, en las instituciones, en la vida de las costumbres del pueblo, en sus tradiciones. Allí encuentra su sustancia: en el ἦθος.

Allí, y en virtud de esa identidad fundamental, cada cual sabe, sin lugar a vacilaciones, qué es lo que tiene que hacer y cómo (se vive en el mundo de la identidad entre el *obrar* y el *pensar*), porque la *eticidad* ya ha establecido su verdad. Por eso, acá Hegel trae al recuerdo la imagen de Antígona en la que, por cierto, ya se empezaba a patentar un resquebrajamiento entre la *Eticidad* y lo que vendrá luego en *Estado de Derecho* como resultado de una dialéctica surgida: la diferenciación entre *si-mismo individual* frente a *lo-otro del sí-mismo* que se sitúa, ahora, en ese mundo de costumbres, por una parte, y en el Estado y el dictado del Rey o soberano, por la otra. Antígona sabe perfectamente lo que tiene que hacer y no duda ni tampoco se deja convencer por el dictado de la ley del Rey o soberano. Ella tiene que enterrar a su hermano y no se cuestiona ni le importan las consecuencias que pudiera sufrir al respecto. No en vano, se sabe que Antígona, además, como signo de lo femenino, recupera y sostiene y manifiesta “*las leyes de abajo*”, el “culto a la muerte”, a los antepasados. Pero, ¿por qué tanta seguridad, en Antígona, a la hora de aferrarse a ese fundamento? Porque el mundo de aquel fundamento subterráneo (el mundo de lo pulsional podría pensarse desde Nietzsche), culmina en las costumbres, es decir: en la *Eticidad*, y sólo allí se resguarda la verdad del desarrollo del Espíritu. De nuevo: *Eticidad* = Espíritu Verdadero; identidad entre Sustancia y Sí-mismo.

La naturaleza ciega e inconsciente de la Voluntad busca la verdad de sí. ¿Dónde? En su *poder-verse-a-sí-misma*, es decir, en su autoconsciencia. ¿Y cuándo logra verse? ¿Dónde encuentra su espejo, su reflejo auténtico y verdadero que le devuelve su propia mirada y se vuelve autoconsciente? En las Instituciones, en la vida del Pueblo Vivo, en el mundo de las costumbres. Por eso el Espíritu Autoconsciente, en su Verdad, es la Instancia Ética: el *ethos* (ἦθος/ἔθος) del pueblo.

Pero pronto, semejante paraíso en el que la Voluntad se regocija en su propia mirada, se desvanece porque la Voluntad (que, en sí, es eterna) no se olvida de su instinto de dominio frente al Espíritu (que, en sí, es eterno), y tras haberse visto a sí misma en su espejo (el

mundo de las costumbres) se siente morir, puesto que encuentra su calma, es decir, su *no-ser*. Por eso, tarde o temprano se retira de allí para volver a su inagotable fuente, que no es otra cosa que un *eterno comenzar*, un *inicio* que *jamás termina de iniciar*, un *pasado* que *no deja de ser pasado*, sino que se agita en su *eterno aspirar*. Ahora, en el momento en que ella se retira de allí (del mundo de las costumbres), éstas (las costumbres, las instituciones, etc.) quedan como un cuerpo sin vida, como un espejo que no refleja nada. Viven, el pueblo y el individuo, el dolor de la decadencia, la putrefacción de sus instituciones y la nostalgia. Surgen dos caras de un mismo momento: el espíritu “revolucionario” del cambio y el de la falsa nostalgia, un espíritu que se miente a sí mismo y pretende mantener vivas las tradiciones cuando el alma que las animaba ya se retiró.

Por eso, cuando se resquebraja el *Reino de la Eticidad*, empieza a darse un *auto-extrañamiento* del espíritu y, éste, queda escindido: el *sí-mismo*, ahora, pasa al individuo, y las instituciones o las costumbres, primero, y la voz del Rey y la cultura, luego, pasan a ser *lo otro-del-sí mismo*. Surgen, así, las dos corrientes (asombrosamente modernísimas) que son el *Estoicismo* y el *Escepticismo*, hasta que se llega a lo que Hegel llama la *Conciencia Desgarrada*.

Acá ya estamos dentro del mundo del Imperio Romano². A partir del Imperio Romano, el individuo queda escindido, separado, de un mundo de costumbres, de la tradición, de su religión, de toda *Sustancia Ética*. Cobra sustancialidad el individuo. Ahí se produce un primer vacío, un primer vaciamiento del hombre, porque aquel ropaje, aquel espejo adecuado del *en-sí* del Espíritu, es desechado *como tal*. Éste, el Espíritu, queda desnudo. Ahora el individuo ya no se identifica con el pueblo, ni las costumbres, ni las tradiciones, ni los ritos espirituales, ni los dioses. Tampoco logra captar con qué se encuentra como *sí-mismo*. Se ha vaciado.

Ahora bien, este primer vaciamiento, en virtud del cual la sustancia pasó al individuo vacío, culminó en su consciencia infeliz e insoportable, de modo que debía producir su nueva sustancia reflejada. Digo “debía producir” porque, por lo visto, no podía sostenerse, ¡itodavía!, en el vacío. Aún no estaba culminado el camino para semejante aventura. Pero, no nos adelantemos. Vol-

2 Si bien cada figura del Espíritu encuentra su época histórica, todas y cada una de ellas son, una vez ocurridas históricamente, en sí mismas atemporales, de modo que cada época, cada comunidad y cada individuo las vive según cada momento en que se encuentre. Una vez acaecida por primera vez una figura de la consciencia en la Historia, ella, como producto del Espíritu, queda establecida en la existencia.

vamos. Estamos en aquel primer vaciamiento. Como ya no hay *Sustancia Ética*, es decir un mundo de costumbres que refleje la realidad última de la esencia del hombre, de modo tal que no hubiera lugar a dudas en torno al actuar y a la *conciencia de sí*, ya no le es tan fácil, al hombre/*individuo*, saber cómo y en qué casos actuar de tal o cual manera, con lo cual se introduce recién allí el problema del Bien y del Mal. Ya no hay un mundo de costumbres que le facilite el obrar al hombre, éste tiene que hacerse cargo por su propia cuenta de sus actos, por eso entra la dualidad: mal/bien.

Con el problema del bien y del mal, síntomas de aquel primer vacío insoportable, entran en escena el pecado y la culpa, lo cual le devuelve el contenido al hombre, de alguna manera. Allí empieza a reconstruir su sustancia a partir de la instauración del *Reino Moral*, una sustancia que le refleje la consumación de su nuevo conjunto simbólico. Esta pujanza dialéctica se objetiva en la figura de Cristo (primer y, hasta ahora único, *símbolo* del *sí-mismo*). Aparece otro elemento en esta historia: el perdón. Surge otra dialéctica: el pecado y el arrepentimiento/perdón. Pero el arrepentimiento/perdón implica un volver los pasos hacia sí y eliminar, borrar, lo “que fue”, lo sucedido. Con el arrepentimiento y el perdón, se borra el pecado. De manera que este arrepentimiento/perdón lo lleva al sujeto al mismo vacío anterior: entonces, está obligado, siempre, a volver a pecar, para volver a ser perdonado, y así hasta el infinito.

2. SUJETO MODERNO

Me es necesario, por el objetivo de este trabajo, ahorrar pasos e ir directo al asunto en cuestión: la modernidad.

El sujeto moderno logra superar esa dialéctica con Descartes: *pienso-soy*. Lo primero que hace Descartes en sus *Meditaciones Metafísicas* es quitar a Dios de la consciencia, para que ésta quede sola, vacía y desnuda, nuevamente, y luego, una vez quitado Dios de ella, vuelve a aparecer, pero, ahora, sólo como mero garante de la relación entre mis representaciones mentales y el mundo *extramental*. En primera instancia, para Descartes, es necesario vaciar al hombre de todo contenido y buscarlo sólo en aquello que puede ser considerado como certeza absoluta. Será considerado certeramente (y, por ende, sólo así, verdadero) aquello que sea *claro* y *distinto*. Lo único verdadero, será lo evidente, y lo evidente será aquella representación mental clara y distinta (no confusa ni ambigua). Lo primero que se obtiene así es la certeza de la duda hiperbólica y metódica, y esta certeza arroja como resultado que lo primero y único claro y distinto (por ende,

evidente y verdadero) es que *soy*, por el hecho de estar *pensando/dudando*. Entonces, lo único que *es* soy *yo*, pero sólo en tanto que *cosa que piensa*. Y sólo allí algo es certeramente. Pero, en este *soy-lo-que-piensa*, sólo tiene sustancia el *que-piensa* y no el *qué-piensa*. El contenido, es decir lo pensado en el pensamiento, es dudoso y no tiene ningún valor en sí más que su relatividad respecto del pensar. *Sujeto* ya deja de ser la cosa, el ente, y pasa a ser el *yo-pienso*; y lo otro respecto del *yo* es su *Objeto*, su alimento. El único contenido del *pienso-soy* es el modo en que éste se le muestra en su pureza, sin contaminación con elemento exterior alguno. Y lo que encuentra *lo que piensa* en su puro pensar es el cálculo matemático. Por eso, sólo será tenido como verdadero, más allá de mi *yo-pienso*, aquello que sea resultado del cálculo matemático. Sólo serán *claras y distintas* (y, por ende, verdaderas) las proposiciones que sean resultado de la perfecta aplicación del método matemático. La naturaleza perdió sus dioses, sus duendes, su magia: desde entonces, sólo es extensión medible, calculable y cuantificable.

Con lo dicho, el individuo vuelve al vacío, pero con una diferencia respecto del primer vaciamiento ya descripto: *ahora* no vive un desgarramiento insoportable, ahora se sostiene en este vacío, ya no necesita salirse de ahí. Vuelve al vacío, decimos, porque el *pienso-soy* derriba todo contenido (todo *ser* de lo *otro-respecto del-pienso-soy*; o todo ser de todo aquello *sobre lo que piensa este pienso-soy*). Todo contenido se vuelve arbitrario (justamente: subjetivo y relativo), sólo queda la nada del *pienso-soy*. Pero mientras tanto, esta nada se va aferrando, a través de su método, aunque sólo para alimento de su propia negatividad, de diversos contenidos: las ciencias, la tecnología, la política, la psicología, etc.

Entonces, ¿cómo se desarrolla este Espíritu? Desplegando y produciendo su único elemento: la representación mental, las leyes de la lógica moderna, la matemática, el cálculo, el *pensamiento instrumental*, las ciencias modernas. A esto alude Heidegger, en cierto modo, con el desarrollo de la Metafísica de la Subjetividad como momento del predominio de la esencia de la técnica y del *auto-ocultamiento del ser*.

Este sujeto moderno desplegó su esencia y selló a fuego la configuración de la modernidad y la post-modernidad y, con ello, la configuración de la subjetividad y, no sólo de la subjetividad, también la del hombre, que ya no es el *ἄνθρωπος*.

3. SUJETO CONTEMPORÁNEO

Pero, tras haberse desplegado y consumado la absolutidad de la subjetividad, de este *ego-cogito* cartesiano, surge el hombre *post-moderno* (contemporáneo) que ya no es el *pienso-soy*: ahora, tras ver su nada desplegada en el ámbito de la razón y de la conciencia ilustrada, comienza a desplegar su opuesto, el *siento-soy*. Es decir, ahora el *ser* es sólo *devenir*, y el devenir se capta a través de la sensibilidad y el sentimiento (acierto y error de Nietzsche). Por ende, ahora, lo único tenido por verdadero es lo que capta la certeza sensible; y la certeza sensible, ahora, es el principio de toda verdad. Pero, no olvidemos, esa certeza sensible, ahora, es el *yo* en la medida en que percibe sensorialmente y siente³. Mientras tanto, sigue quedando el vacío del *yo*, pero, en tanto *yo*, sólo soy la *suma* de “*mis experiencias*”, mis intuiciones sensibles, mis sentimientos y, por supuesto, el sello grabado a fuego del *pienso-soy*: soy mis representaciones subjetivas o ‘mi imagen del mundo’ o ‘mi cosmovisión’⁴, la suma de mis opiniones en el Reinado del *para-mí*.

Entonces, el sujeto, hoy postmoderno (de nuevo, ya no sólo el *pienso-soy* cartesiano, sino el *siento-soy*), empieza a merodear por cualquier ámbito arbitrariamente (puesto que las sensaciones y los sentimientos son, en un fundamental aspecto, arbitrarios, ambiguos y azarosos) y, desde luego, lo hace desprendido de cualquier sustancia ética y del mundo de las costumbres. Se apropia de todos los contenidos o, lo que es más risible, se identifica con ellos⁵. El sujeto se arrastra y se deja arrastrar por todo ámbito y puede sostenerse allí: circula y anda de a rastras según lo que establezca el azar de lo que sienta en cada momento.

Pero, ¿cómo es que logra mantenerse en semejante vacío infundado? ¿Cuál es el fundamento de este *ser-allí humano-infundado*? Es la dinámica propia de la era del predominio del cambio (en tanto movimiento) permanente (cambio de casa, de pareja, de moda, de trabajo, de ciudad, se instaura la necesidad de los viajes, aparece el viaje dentro del viaje, el sub-viaje del viaje, etc.). Esto es así, porque, en cuanto este sujeto deja de cambiar y de moverse, empieza a negar su propia negatividad. Pero, la esencia de este predominio del bio y del movimiento es lo que exige la *auto-exposición* que pide la

³ En realidad, la distinción entre “pensar” y “sentir” es más bien actual. Anteriormente la percepción sensorial y el sentimiento entraban dentro del ámbito del “pensar”. Lo que ocurrió es que “el pensar” quedó reducido, en primera instancia, a la razón instrumental, calculadora, matemática, y, en segunda instancia, a la representación mental en general.

⁴ Ver “Ser, parecer y aparentar” (§29 - §32).

⁵ Síntoma del apego a la máscara.

Filosofía de nuestros tiempos, exposición que prometemos ejercer tan pronto como nos sea posible. Pero, escuchemos con atención lo que nos grita esta tiranía del movimiento: su esencia es el gobierno de lo que siempre, y eternamente, es *inicio*. Inicio, o génesis, es fundamento del espíritu porque es la esencia de la Naturaleza y la Naturaleza es fundamento del Espíritu. Pero el Espíritu hoy no vive en su verdad autoconsciente, sino que ha regresado (y, por lo pronto se encuentra allí encerrado y asfixiado) al útero del mundo. Al oscuro mundo ciego de lo *en-sí pulsional*. A la fuente inagotable de la vida. A la anarquía de los impulsos. El impulso es, en su verdad esencial, trágicamente, *eterno impulso*: un eterno impulsar, *pujar-bacia*, tender; pero sin jamás llegar, *por sí mismo*, a aquello por y para lo cual es impulso. Un eterno embarazo, sin jamás llegar al parto. Un estar por nacer, pero nunca, efectivamente, nacer. Este es el talante vital del sujeto contemporáneo.

4. ALTERACIÓN ONTOLÓGICA

Se trata, todo esto, de la confusión (intrínseca e inherente—se sea o no consciente de ello— a esta subjetividad) de algunas precisiones aristotélicas. Algunas distinciones y definiciones que nos aporta Aristóteles:

a. Acto (*ἐνέργεια*⁶) es: “la existencia plena de la cosa”, la finalidad, el fin, puesto en el ente, en *lo que-es*. Señala que “ninguna de las acciones que tienen un término (*πέρας*) constituye un fin (*τέλος*)⁷”. El fin (*τέλος*) es lo único que *realiza* algo; la actividad del fin (la puesta en Acto del *fin*).

b. Potencia (*δύναμις*⁸) es *capacidad de*; posibilidad; fuerza; *pujanza hacia*-.

c. Y *κίνησις*⁹ (movimiento, sedición, conmoción).

El fundamento de toda vida es la fuente inagotable y caótica de la que algo hemos dicho ya¹⁰. Con todo sentido, el sujeto contemporáneo, por estar viviendo su retirada hacia su fundamento, confunde *κίνησις* (movimiento, sedición, conmoción, génesis, inicio,

comienzo) con *ἐνέργεια* (el Acto; también: eficacia, actividad—en el sentido de *bacer-acto*—, actualización efectiva). Se cree, erróneamente, que el movimiento en sí mismo es, ya, el acto en sí mismo. Se confunde y se entiende que el movimiento es el acto, es decir la cosa ya consumada (el fin realizado).

Pero, para Aristóteles el movimiento, en sí mismo considerado, es *ἐνέργεια ἀ-τελής*, es decir, Acto sin Finalidad, Acto Inacabado, Acto impropio, Acto que no realiza nada, por ende, no-Acto. Lo que caracteriza a este sujeto contemporáneo es que se mueve demasiado, pero *no realiza* nada.

El movimiento es el Acto *de lo que está en potencia, en tanto que tal*¹¹. Es decir, el movimiento (*κίνησις*) es la potencia en cuanto acto, es decir, en cuanto que el *ser de su acto es estar en potencia*. Entiéndase bien, estar en potencia es, esencialmente, el aspirar al ser, sin nunca llegar al ser. El movimiento es el acto de la fuerza en tanto *fuerza*, de la posibilidad en tanto *posibilidad*, pero de ahí a la consumación de aquello de que se es posibilidad o de aquello *para lo cual* la fuerza es o *por lo que* es fuerza *de* (o *para*) no depende del movimiento en sí mismo. Porque la fuerza, la potencia, la *δύναμις* es, en sí misma, eternamente fuerza indeterminada. Nada más. Y nada menos.

La fuerza nunca pasa a ser acto, porque si así fuera, no habría Acto. Su esencia consiste en ser el *fundamento eterno* de toda existencia, pero no la existencia en sí misma considerada, por eso nunca puede pasar de ser potencia a ser acto: si la *δύναμις* se retira, si deja de ser lo que es, tampoco hay ni habrá Acto (*ἐνέργεια*). El movimiento no es el paso de la potencia al acto, el movimiento es el fin que actualiza a la potencia, pero allí la deja, como potencia, como comienzo absoluto. Ese mismo fin que actualiza a la potencia (en el movimiento) luego se actualizará a sí mismo como fin consumado, como *ἐνέργεια*, como Acto, como Obra, como ente existente en la verdad de su ser. Por eso, lo que *actualiza* es una irrupción originaria (incondicionada) y a-temporal, no el mero moverse.

Movimiento (también *génesis*)¹² y acto son categorías incompatibles;

6 *Enérgeia*.

7 *Télos*.

8 *Dynamis*.

9 *Kínesis*.

10 Sobre ella, sobre el Alma del Mundo, nos hemos expresado en algunas otras oportunidades, tanto poética como filosóficamente, por ejemplo: en “*Naturaleza primigenia*”; “*Ella se acerca a mí*”; “*Sentencia del descenso*”; “*¿Qué es la Ansiedad?*”; “*El abismo es el fundamento*”; “*El Ser venido a Existencia*”; “*Sobre el anhelado y el ser o la potencia y el acto*”; etc.

11 Cfr. Aristóteles, *Metafísica*, L. IX y L. XI.

12 La impronta del movimiento, de la *κίνησις*, consiste en que es inicio (génesis), pero *inicio eterno*, no un inicio como un punto fijo desde el que se comienza algo, sino un inicio que jamás deja de ser inicio, un pasado que no deja de ser pasado, es pasado eterno, vivo y operativo. Leer con severidad las “*Edades del Mundo*” de Schelling, puede aportarnos mucho al respecto.

no hay pasaje del uno al otro. En resumen, contra lo que se piensa, el movimiento no es para Aristóteles, el pasaje de la potencia al acto sino el acto de la potencia en cuanto potencia. Es, eternamente, Acto Inacabado. El movimiento no *realiza* a la Sustancia, al Ente, al Acto. El movimiento sólo realiza la potencia en tanto *ser-potencia* (posibilidad, fuerza). El movimiento no culmina, ni *en* ni *por* sí mismo en el *acto*. Lo único que se realiza es la actividad (es decir la *actualización*) del fin (**τέλος**). Considero, en cierto punto, al **τέλος** como la fuerza *desplegante* y operativa del Símbolo. Lo que hace que un movimiento culmine o haya culminado en su consumación plena no es el movimiento en sí, sino el hecho de que en aquél obraba, ya de antemano, el fin (**τέλος**), el Símbolo, el arquetipo vivo que obra por sí mismo y se *hace obra* mediante el *canalizar-obrar humano*. Pero no es tarea sencilla distinguir cuándo un movimiento es movimiento en tanto que el fin se realiza a sí mismo y cuándo es mero movimiento sin fin, es decir, la potencia hecha acto, es decir, la posibilidad sólo en tanto que es posibilidad, es decir: el afán ingenioso del sujeto contemporáneo.

El sujeto contemporáneo se encuentra subsumido dentro de la falsedad de aquello que es mera posibilidad, pero nunca es aquello de que se es posible: es potencia, es **δύναμις** pura. El sujeto hoy es, en definitiva, sólo potencia, sólo eterna posibilidad y, por ende, un jamás ser aquello de que se es posibilidad. Vacío absoluto. Somos “energía” en el sentido de Voluntad indeterminada, *libido absoluta*, pero sin contenido determinado ni autoconsciente.

5. SOBRE EL CAMBIO: μεταβολή

Como corolario del problema del sujeto contemporáneo, aquel que se sostiene en el vacío gracias a la tiranía del movimiento, tenemos que ni siquiera realiza aquello que cree estar realizando, ni sobre lo que cree posarse: *el cambio*. El cambio, si es que es cambio en su verdad, permanece invisible aún, no es *auto-consciente*.

Entonces, en el sujeto contemporáneo, no sólo se confunde movimiento y acto; además, se confunde el *cambio* con el *movimiento*. Sólo así se sostiene, porque se mantiene en la *apariencia* del cambio, pero no en el cambio en su verdad. Vive cambiando (sus accidentes), para nunca cambiar (sustancialmente). Todo cambia para que nada cambie.

Tenemos que recordar que Aristóteles (Libro undécimo de la Metafísica), distingue las maneras en que el cambio se da en cuatro cate-

gorías:

1. En el *ente* (cambio entitativo o sustancial: verdadero y único cambio, es decir, **μεταβολή**);

2; 3; & 4. En la *cantidad*, la *cualidad* y *lugar*.

El primer caso es el del único cambio sustancial, y la verdad de su esencia. En los últimos tres cambios, se trata meramente del cambio contingente, es decir (y esto en términos estrictos de Aristóteles): esto sólo es movimiento, sin tocar, de ninguna manera, la sustancia.

El *cambio/movimiento*, hoy paradigma ético y moral absoluto, está puesto en la mira de lo contingente, de lo accidental (cantidad de posesión de bienes y de lo que se le pueda ocurrir a uno: cambio en el corte de pelo, la vestimenta, las cadenas de oro, cambio de casa, los viajes, lo que “me interesa” o me “gusta”, el “cambio de ciclos”, cambio de género musical, etc.). Pero *el ente* (*lo que-es*) se mantiene intocado de esta manera. La mira del cambio está en el superfluo moverse de un lado a otro, pero no está en la Sustancia ni en el sujeto en su Verdad Última.

Por eso, en la medida en que se sostiene el *cambio/movimiento* (que distingo, entonces, del cambio como **μεταβολή**, que es el cambio entitativo o sustancial—y, por ende, verdadero y único cambio—) como modo de ser, se garantiza el dominio de la subjetividad, es decir: la nada de la realidad, el *jamás-ser*. Sólo soy *una posibilidad de algo*, una *fuerza de—o para—*, una *pujanza hacia-*, pero nunca llevo a ser ese algo. A lo sumo, puedo *simular* serlo, pero nunca *llego, efectivamente, a serlo*.

Todavía *parecer* y *aparentar*.